

LA CREACIÓN FRANQUISTA DEL MITO DE MENÉNDEZ PELAYO

Borja RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ

Sociedad Menéndez Pelayo

ORCID: 0000-0001-7447-8566

Resumen:

El texto analiza cómo el franquismo construyó un mito político e ideológico alrededor de Marcelino Menéndez Pelayo, distorsionando su figura para convertirlo en emblema del nacionalcatolicismo. Tras su muerte en 1912, el tradicionalismo católico inició una reelaboración de su imagen, ocultando las fuertes tensiones que el propio Menéndez Pelayo había mantenido con sectores integristas. Durante los años 30 y, sobre todo, bajo Franco, esta reinterpretación se consolidó mediante antologías y discursos que lo presentaban como defensor providencial de la unidad espiritual de España, baluarte contra el liberalismo, la Ilustración y la modernidad. El régimen franquista lo adoptó como símbolo intelectual, vinculando su obra a la defensa armada de la nación durante la guerra civil. Sin embargo, esta apropiación redujo la complejidad del pensador, ignorando su diversidad intelectual y su crítica a aspectos del absolutismo. La izquierda, desde el exilio,

contribuyó involuntariamente a fijar esta imagen al aceptar la visión franquista de un Menéndez Pelayo reaccionario y monolítico. El resultado fue la cristalización de un mito simplificado, muy alejado del poliedro intelectual que realmente fue.

Palabras clave:

Nacionalcatolicismo. Mito franquista. Integrismo. Propaganda. Menéndez Pelayo.

Abstract:

The text examines how the Franco regime constructed a political and ideological myth around Marcelino Menéndez Pelayo, reshaping his legacy to make him a symbol of national Catholicism. After his death in 1912, traditionalist Catholic circles began rebuilding his public image, erasing earlier conflicts with integrist factions. During the 1930s and especially under Franco, this reinterpretation solidified through anthologies and speeches portraying him as a providential defender of Spain's spiritual unity, an ideological weapon against liberalism, the Enlightenment, and modernity. Francoism adopted him as its intellectual reference, even framing the civil war as a defense of his ideas. This political appropriation, however, oversimplified Menéndez Pelayo, disregarding his intellectual plurality and his criticism of absolutism. The democratic exile unintentionally reinforced this myth by accepting the Francoist image of him as a reactionary figure. Thus emerged a distorted, one-dimensional myth, far removed from the multifaceted thinker he truly was.

Key Words:

National Catholicism. Francoist myth. Integrism. Propaganda. Menéndez Pelayo

La prensa del siglo XIX dedicó tanto texto como dibujos a la creación de imágenes fácilmente reconocibles que representaran corrientes de pensamiento, ideologías, movimientos políticos, etc. En la mayor parte de los casos, estas imágenes eran personas existentes que eran utilizadas por los medios para proyectar una determinada ideología al público. Esta nueva situación que es muy perceptible a partir de 1850, cuando los periódicos han ocupado

gran parte de la vida pública española, es advertida por los nuevos personajes que se incorporan a la vida intelectual y política y que se dan cuenta de que una buena utilización de la prensa y una construcción de una imagen personal les sirve para proyectarse públicamente y conseguir una repercusión hasta entonces desconocida.

Aparece una nueva generación de intelectuales que utilizan la prensa para conseguir sus objetivos Juan Valera, testigo de esta transformación de la vida pública se lo decía claramente a un joven amigo suyo, Marcelino Menéndez Pelayo.

Quítese usted de la cabeza esa manía de llamar institución a la prensa. Ya sabemos que no es institución, ni magisterio, ni sacerdocio, ni nada. Es todo lo que se quiera de peor: pocilga, basurero, cloaca, rastro y baratillo; pero en él se anuncian, se avisan las cosas, se llama la atención con bombos, se chilla para llamar a los curiosos, etc., etc. El buen paño en el arca se vende, pero puesto en escaparate se vende mucho más, y pregonado, aunque sea por el más zafio pregonero, se vende más aún. (Menéndez y Pelayo, 1985, carta 349)

Pero en realidad Menéndez Pelayo no necesitaba el consejo de su veterano amigo: desde el principio de su carrera tuvo muy claro las ventajas de la polémica pública, de la participación en los medios y de la presencia en todo tipo de escenarios para conseguir convertirse en una imagen que una parte del pensamiento español pudiera tomar como suya. Cuando salta a la arena pública se encuentra un panorama dividido. De un lado, un sector modernizador, de inspiración liberal, que se duele de la decadencia cultural española y que busca más allá de nuestras fronteras ideas y doctrinas renovadoras. Ideas, como el hegelianismo, el kantismo o el krausismo, que son combatidas con pasión por la iglesia española y por todos sus instrumentos de poder y de comunicación. De otro, el grupo conservador, que se recrea recordando las glorias pasadas de la patria, ciego a la crisis y, por ello, contrario a toda innovación; que se satisface con repetir viejas ideas que han cristalizado en fórmulas estereotipadas.

Y aquí se incorporó Marcelino Menéndez Pelayo. Había llegado a Madrid en octubre de 1873, para continuar sus estudios, tras dos años en la Universidad de Barcelona. Fue testigo privilegiado de los cambios en la universidad, de los conflictos y depuraciones, de los debates y polémicas. Concluyó sus estudios de doctorado en 1874 en Valladolid, y volvió a Madrid, dispuesto a hacerse un nombre. La polémica que rodeó la depuración de los catedráticos (Salmerón, Castelar, Giner de los Ríos..) por el gobierno canovista, los múltiples comentarios de prensa, las réplicas y contrarréplicas que se cruzaban en los periódicos le brindaban una gran oportunidad. Fue la primera aparición notoria de un aspirante a hombre público que escogió la polémica como medio de hacerse presente ante la sociedad de su época. (Rodríguez Gutiérrez, 2012, 2015; Rodríguez Gutiérrez et al., 2007)

Esta aparición en una polémica que ya venía de antiguo tuvo dos efectos, ambos beneficiosos, para el ambicioso santanderino. Por una parte enmudeció todas las voces de la derecha conservadora que callaron y confiaron toda su suerte en la polémica a la rabia y a la capacidad de raciocinio de Menéndez Pelayo. Por otra parte, focalizó en Menéndez Pelayo todas las críticas de la izquierda, que se convirtió, de esta manera, en el objeto preferente de representación del pensamiento católico, tanto para los ataques de los adversarios como para los elogios de los partidarios.

Pensamiento católico que se encontró, repentinamente y sin esperárselo, con que tenía a su disposición un «intelectual sólido, brillante, potente y moderno», en palabras de Isabel Burdiel y procedió sin el menor pudor a promocionar a su nueva figura hasta lo más alto. De esta manera, ambos se beneficiaban. Menéndez Pelayo consiguió un ascenso público, tanto en notoriedad como en cargos y retribuciones, impensable en un joven de su edad y, por otro lado, la derecha católica contaba con un campeón capaz de enfrentarse a todas las voces ya veteranas de la izquierda y derrotarlas en su terreno.

Son años de éxitos continuos de Menéndez Pelayo, de constantes ataques de la prensa liberal y de encendidos elogios por parte de la prensa católica que, unánime, apoyó al santanderino en su carrera hacia la gloria, a la Cátedra y a la Academia. Pero a pesar

de las apariencias el bando que apoyaba a Menéndez Pelayo, es decir, todo el catolicismo político no estaba ni mucho menos unido, sino que había entre ellos diferentes disensiones. Menéndez Pelayo se había convertido en la imagen aglutinante de todos los católicos, pero, de la misma manera, todos querían patrimonializar esa imagen y atraer a Menéndez Pelayo a sus banderas.

En enero de 1881, la asunción del poder por Práxedes Mateo Sagasta y el llamado partido fusionista, originó una serie de movimientos entre los grupos de la derecha, deseosos de reconquistar el poder. Un joven político asturiano, Alejandro Pidal y Mon, de 35 años, aprovechó este momento para anunciar la creación de lo que aún no era un partido, pero que pretendía llegar a serlo pronto: la Unión Católica.

La intención de Pidal era conseguir la integración de todos los católicos en el bloque conservador, manteniendo su ideología, pero colaborando con los liberales más conservadores y formar así un bloque capaz de enfrentarse al fusionismo de Sagasta. La propuesta venía autorizada por el Vaticano —entraba dentro de los aires nuevos que iba impulsando León XIII— y contaba con el apoyo entusiasta del Primado, Cardenal Moreno así como de la mayoría de los obispos españoles.

Pero la sola idea de colaborar con Cánovas despertó la inmediata oposición del carlismo más conservador: el que representaba Cándido Nocedal y su periódico, *El Siglo Futuro*. Para estos carlistas fundamentalistas esa colaboración representaba una traición a la iglesia y todos aquellos que la patrocinaban eran «mestizos», mucho más peligrosos y nocivos que los liberales, ya que se disfrazaban de católicos. El grupo de Nocedal tenía muy claro que los papas Gregorio XVI y Pío IX habían condenado —sin matices— el liberalismo. Según ellos, todos los partidos políticos españoles, excepto los carlistas, eran liberales. Por lo tanto, los católicos que quisieran cumplir de forma íntegra (de ahí el nombre de integristas), ese mandato papal, debían, en política, ser carlistas y no formar parte de ningún otro partido.

La negativa tajante de Nocedal y su grupo a formar parte de la Unión católica y su rechazo de los liberales «mestizos» obligó a la

mayor parte de las figuras públicas del pensamiento católico a significarse, a optar por una tendencia o por otra. Menéndez Pelayo como imagen de la derecha como imagen del pensamiento católico, como imagen de la nueva generación del catolicismo que iba a tomar el poder era apetecido tanto por los tradicionalistas como por los pidalianos y su toma de partido por la Unión le convirtió de repente en un objeto de odio absoluto por parte del tradicionalismo. Momento que coincidió con la publicación del tercer tomo de la *Historia de los Heterodoxos Españoles* Menéndez Pelayo había publicado, con gran éxito y gran polémica, como a él le gustaba, los dos primeros tomos de los *Heterodoxos*, un año antes, en 1880. Si hubiera procedido con honestidad y el mismo respeto a la autoridad eclesiástica que él reclamaba en sus obras, la obra no hubiera continuado y los tomos tercero y cuarto nunca hubieran debido escribirse. Pues la calificación de heterodoxo, para un católico practicante, como lo era Menéndez Pelayo, solo podía hacerla un tribunal eclesiástico facultado para el asunto. Al abordar en el tomo tercero el siglo XVIII, se encontró con que muchos de los intelectuales que él consideraba heterodoxos no habían sido condenados por ningún tribunal eclesiástico. Con lo cual él mismo se constituyó en tribunal, cosa a lo que no tenía derecho, y se lanzó a adjudicar la calificación de hereje: se trataba en puridad de una usurpación de funciones eclesiásticas, lo que es considerado delito en el derecho canónico.

Pero para los integristas esto no era problema: el auténtico punto de conflicto fue la «suavidad» y la «tolerancia» que, en su opinión, mostraba Menéndez Pelayo con los «impíos liberales» (que eran, para los integristas, todo el mundo menos ellos). *El siglo futuro* atacó con furia lo que hasta el momento tanto había alabado, la piedra angular de la imagen pública de Menéndez Pelayo: su condición de gran sabio, de erudito prodigioso, de hombre que todo lo sabía. Para ello comisionó a dos sacerdotes, los padres Fonseca y Fita, que dedicaron una serie de artículos a exponer todos los errores y las imprecisiones de Menéndez Pelayo. El joven erudito, aquel que antes era considerado un prodigio, se había convertido en las páginas de Fonseca y de Fita en un individuo sin criterio, que creaba páginas llenas de errores y que no entendía los textos que citaba. El odio hacia Menéndez Pelayo por parte de los integristas nunca

finalizó: hasta el último día de la vida del santanderino, las acusaciones al mestizo, las burlas al tartamudo y los lamentos por la impiedad y las apostasías del autor de los *Heterodoxos* fueron constantes. Pero desde su muerte, en 1912, la prensa y los intelectuales carlistas se entregaron a un deliberado y consciente esfuerzo de hacer olvidar ese odio y de reconstruir una imagen pública de Menéndez Pelayo, tal como la alababan antes de la separación.

Pocos meses después de su muerte, una velada necrológica organizada por el diario «El Debate» (periódico propiedad de la Editorial Católica) dio el pistoletazo de salida para esta reconstrucción. Todos los oradores, reivindicaron el patriotismo católico de Menéndez Pelayo y su reacción contra los «malos españoles» y los extranjeros que intentaban ahogar y negar las glorias de la patria. Se reivindica al polemista, al historiador eclesiástico y al propagandista católico y se deja sistemáticamente en olvido al filólogo. Uno de los oradores, el ideólogo carlista Juan Vázquez de Mella presentó a Menéndez Pelayo como hombre providencial, que había llegado a la intelectualidad en un momento crítico, cuando la sociedad estaba desquiciada y dividida, cuando los individualismos la libertad de pensamiento, la falta de unidad patriótica y la pérdida de la cristiandad había abismado en el vicio la vida de España y que él fue capaz de reconstruir la gloria de la patria piedra a piedra. Contra el falso progreso, ateo y antinacional, opuso el catolicismo.

Esta imagen católica, ultramontana, absolutista, es mantenida por *El Siglo Futuro* y otros periódicos carlistas y por toda la máquina de propaganda y difusión intelectual de la iglesia, desde la muerte de Menéndez Pelayo, en 1912, hasta 1936.

No hay que sorprenderse, por lo tanto, ante el hecho de que, en 1934, antes por tanto de la Guerra civil, apareciera una obra básica para la construcción franquista del mito de Menéndez Pelayo: la antología *Historia de España, seleccionada en la obra del Maestro*, realizada por Jorge Vigón y totalmente en línea con las ideas que Vázquez de Mella había expuesto en la velada necrológica de 1912. Jorge Vigón, militar de carrera había participado ese año en la fundación de la Unión Militar Española, organización clandestina y monárquica. Sería después ministro de obras públicas en la época de

Franco dese 1956 hasta 1965. Ese mismo año de 1934 realizó una segunda edición, y una tercera en 1938. Después hubo nuevas ediciones en 1941, 1946, 1950 y 1958. En el prólogo a la primera edición Vigón afirma que de la obra de Menéndez Pelayo fluye «un inmenso e irreprímible amor a España y un sentimiento monárquico puro». Y añade que «español y monárquico, D. Marcelino Menéndez Pelayo era, por encima de todo, católico».

El antólogo diseña una estructura que luego van a seguir muchos compiladores de Menéndez Pelayo. Un planteamiento fuertemente ideologizado, en su concepción y epígrafes, y relleno después con los fragmentos de Menéndez Pelayo que mejor convienen a ese propósito. Las tres partes en las que divide el libro tienen títulos muy significativos: «Hacia la unidad de España», «Cuando no se ponía el sol en las tierras de España», y «En la pendiente de la revolución». Más aún, la segunda parte consta de dos subapartados, titulados respectivamente «Los termes de aquella España» y «Hacia la unidad espiritual». ¿Cuáles eran, para Vigón, las termitas que destruían aquella España en que no se ponía el sol?: los judíos, los moriscos y la reforma. ¿Y quien trabajaba para la unidad espiritual de España?: la inquisición.

Desde entonces, y hasta la actualidad, un sector importante de la derecha católica sigue repitiendo las ideas de Vigón, es decir, las ideas del integrismo tradicionalista, con arreglo a las cuales se conformó el mito franquista de Menéndez Pelayo, con el cual los grupos católicos del régimen plantearon su oposición intelectual a los falangistas. Menéndez Pelayo era, debía ser, el referente intelectual del régimen. Franco y Menéndez Pelayo eran eslabones de la misma cadena; una cadena en la que no estaba José Antonio Primo de Rivera. En expresiva frase de Rafael García de Castro, Obispo de Jaén y autor en el año de 1940 del libro, *Marcelino Menéndez Pelayo, el sabio y el creyente*: «Don Marcelino Menéndez y Pelayo puso su pluma en el mismo altar donde el caudillo de España ha colocado su espada salvadora».

La idea de Menéndez Pelayo como supremo defensor del nacional catolicismo y de la monarquía española, forma una de las columnas ideológicas del régimen franquista. Tanto es así que, en plena guerra civil, en mayo de 1938, se toma la decisión de publicar

las obras completas de Menéndez Pelayo y se hace constar esa decisión en un decreto que crea el Instituto de España, el órgano en el que, en un primer momento, pensó el estado franquista centralizar la investigación y la cultura española. El decreto comienza indicando que «el propósito de definir y robustecer una conciencia nacional de la patria, que anima toda la obra de Menéndez Pelayo es compartido unánimemente por cuantos elementos integran el espíritu de nuestro Movimiento Nacional». Y añade el decreto que su vida fue «alto ejemplo la intelectualidad de España, pues siempre combatió el pesimismo, deprecador de nuestros valores nacionales».

En 1956, en la celebración del centenario del santanderino, José Vila Selma, en un delirante prólogo a una nueva antología de Menéndez Pelayo, *Estudios sobre la prosa del siglo XIX*, afirma solemnemente que «contra la campaña de silencio alrededor de lo que sus ideas [las de Menéndez Pelayo] suponían y suponen fue necesario el estruendo de una guerra». En una vertiginosa pirueta histórica, cambiado y redefinido el concepto de la guerra civil española: fue una guerra para defender las ideas de Menéndez Pelayo. Ya no era sólo orientador de la cultura, ya no únicamente la referencia intelectual de la España franquista: era la esencia misma de España a la que había que defender por medio de las armas. Y Vila Selma, pocas páginas más adelante se preguntaba dramáticamente, ante lo que él entendía como pérdida de los valores de la guerra, quien estaba arrancando páginas de los ejemplares de los *Heterodoxos*.

El libro de Vila Selma estaba publicado por el CSIC, en ese momento en manos de la derecha católica, con José Ibáñez Martín, el ministro prologuista del primer tomo de las Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo como Director y Rafael Calvo Serer como uno de sus principales integrantes. Grupo católicomonárquico en el que también estaban, por entonces, Jorge Vigón, el antólogo de la *Historia de España* que antes hemos visto y Florentino Pérez Embid que, como no, había hecho su propia antología sobre Menéndez Pelayo, *Textos sobre España*, salida a la luz en ese mismo año de 1956.

Otra antología anterior había provocado un profundo malestar en los círculos del catolicismo más ortodoxo: la titulada *La*

conciencia española, realizada por Antonio Tovar, publicada en 1948 y desde una perspectiva inequívocamente falangista. Tovar procura aligerar la figura de Menéndez Pelayo, quitarle relevancia política y alejarle de la condición de símbolo que muchos le habían otorgado. Para Tovar, Menéndez Pelayo era un liberalconservador decimonónico que no podía, ni debía servir de modelo para la cultura española. La idea central de Tovar, que repite de manera insistente a lo largo del libro es el pesimismo histórico y político de Menéndez Pelayo. Evidentemente una idea muy contraria a la del decreto de creación del Instituto de España, de diez años antes, en plena guerra civil, en el que se alababa a Don Marcelino, precisamente, por haber luchado toda su vida contra ese pesimismo del que hablaba Tovar.

En 1948 Tovar era un figura importante y respetada y muchos ataques se quedaron sin duda en los cajones, en el tintero y en las mentes de los defensores de los *Heterodoxos*, pero en 1956, cuando el centenario de Menéndez Pelayo coincide con la caída en desgracia de Tovar, muchos ven la oportunidad de saltar al cuello del antólogo de *La Conciencia Española*. Es el caso del ya mencionado Vila Selma, que cuando acusa a alguien de haber arrancado páginas de los *Heterodoxos*, menciona directamente a Antonio Tovar como autor de ese crimen. Leyendo el prólogo de Vila Selma, uno diría que Menéndez Pelayo se pasó la vida denunciando la presencia entre nosotros de repelentes extraterrestres inhumanos, de apariencias pulposa o reptiliana, que disfrazados con nuestra apariencia se proponían destruirnos: «El fue quien puso de manifiesto entre nosotros el sofisma de la manera de pensar enciclopedista, esos injertos realizados en nuestro ser contra natura, de ideas y de ideales extraños, [de aquello] que considera nuestra realidad como endémica y la juzga a la luz de unos criterios extraños, olvidando las posibles reservas latentes en nuestro organismo» .

Puede resultar llamativo, que, todavía la altura de 1956, los escritores del pensamiento católico tradicional español, señalaran con espanto a la Enciclopedia francesa como la fuente del abandono de la idea central de lo español (religión y monarquía no lo olvidemos), cuando Diderot, Voltaire, y Rousseau llevaban más de 170 años criando malvas. Pero no es Vila Selma el único caso.

Herrera Oria se había referido ya a una idea parecida: «El período constitucional político que se abrió en 1812 todavía no se ha cerrado. La nación busca una ordenación institucional que sustituya con estabilidad a la monarquía absoluta». Esta idea, en la que hay una apenas velada nostalgia del sistema absolutista borbónico, está expresada con mucha más claridad en otra obra que bebe resueltamente en las copiosas fuentes de los *Heterodoxos Españoles*: la *Historia del Periodismo Español* de Pedro Gómez Aparicio, que en 1967, el año de su publicación afirmaba resueltamente que desde 1812 España había entrado en una fase de disolución y anarquía que sólo se había solucionado con el triunfo de Franco en la guerra civil y el régimen político subsiguiente. (Gómez Aparicio, 1967: 12).

El pensamiento católico tradicional y ortodoxo añoraba la monarquía absoluta de los Borbones, y entendía que la España de Franco era una recuperación de ese bello e ideal absolutismo perdido, y erigía a Menéndez Pelayo como referencia intelectual de ese absolutismo. ¡Qué ironía para el historiador admirador de los Reyes Católicos, y de aquella España dividida en reinos y regiones con sus diferentes leyes, normas y costumbres, del elogiador insistente del «federalismo instintivo congénito a nuestra raza», del crítico con los Borbones, que hablaba del absolutismo inepto del siglo XVIII, que reprochaba a Fernando VII, no haber restaurado la tradicional monarquía española sino haber entronizado «cierto absolutismo feroz, degradante, personal y sombrío» y que entendía como una prueba del absolutismo perverso de Fernando VII el hecho de que este rey hubiera acabado de con la tradicional costumbre de la elección popular de los cargos municipales! Pero estas y muchas otras afirmaciones y opiniones de Don Marcelino quedaban sepultadas por la figura del enemigo implacable de todos aquellos que se desviasen del resto camino de la España católica y monárquica.

Esa dimensión heroica de Menéndez Pelayo, guerrero incansable contra la antiEspaña, quedaba aún más de manifiesto, en ese imaginario construido por la derecha católica, por su soledad. Según esa nueva característica de la figura mítica que se pretendía construir, Menéndez Pelayo habría sido el único en denunciar la enfermedad antinacional que había entrado en España, y el silencio

y el desprecio habría sido el precio que habrá tenido que pagar por ello. Así al menos lo manifestaba Forentino Pérez Embid, que fue Director General de Información en época de Franco, en la introducción a otra antología, *Textos sobre España*: «Vivió poderoso, imbatido, pero rodeado y firmemente aprisionado por un cerco hostil, premeditado y eficaz». Cuál era el pensamiento enemigo de Menéndez Pelayo está muy claro para Pérez Embid: «Sus ideas encontraron espacio cerrado por la hostilidad de la orientación científica que usufructaba a la España oficial». Cuando los escritores católicos del régimen franquista hablaban de orientación científica y pensamiento científico se referían siempre a la corriente del pensamiento que arranca con la Enciclopedia francesa, como antes se dijo. De la misma manera que hemos visto unos momentos antes hacer a Herrera Oria y Gómez Aparicio, Pérez Embid presenta en su introducción a Menéndez Pelayo la idea, tan querida para el pensamiento católico tradicional, de la España feliz bajo el sabio gobierno del absolutismo cristiano, consustancial al ser español. España habría vivido bien, en paz con sus creencias, hasta la llegada de la generación de 1812. «Los afrancesados, primero, y los liberales, después, aventaron lo que quedaba de esa unanimidad tranquila y ahogaron progresivamente la vigencia de cuanto sostenía la concepción del hombre, de la sociedad y del mundo propia del humanismo clásico español y de la tradición cristiana de España».

Según esa visión Menéndez Pelayo había luchado valientemente contra ese pensamiento y su obra había quedado sepultada en el olvido por la izquierda y la república hasta que el nuevo estado nacional llegó para rescatar la figura de Menéndez Pelayo, que era el auténtico inspirador de la España de Franco. Tanto Pérez Embid como Vila Selma empiezan a sentir que en 1956 el régimen se está volviendo excesivamente liberal y tolerante y que están volviendo a aparecer los mismos enemigos contra los que don Marcelino había luchado. «De nuevo se está dando entre nosotros aquella actitud del sector católico francés de la segunda mitad del XVIII y de no pocos prohombres españoles del XVIII y del XIX a quien faltó serenidad de juicio o sobró afán de medro para hallar el error tras tantas frases de corte enciclopedista». De nuevo la enciclopedia francesa, fuente de todos los males, que había arruinado el feliz estado de la España absolutista borbónica. Y para

Vila Selma el pecado está muy claro: era el de aquellos que pretendían encontrar matices, no dividir el mundo en buenos y malos, ser capaces de juzgar las cosas independientemente del bando donde provenían. Eso era lo imposible, lo que subvertía totalmente el ser tradicional, católico y monárquico de España. Los enemigos eran «los que admitieron como un progreso de la inteligencia, de la razón volteriana esto: considerar lo bueno de lo malo y lo malo de lo bueno; lo cual tiene como única consecuencia el confusionismo». Solo existían dos Españas y Menéndez Pelayo era el portaestandarte de una de ellas.

Y consiguieron imponer esa idea: su victoria se produjo, sobre todo, gracias al apoyo de sus adversarios: la intelectualidad democrática española que desde el exilio aceptó asimiló e hizo suya la idea de un Menéndez Pelayo franquista.

No siempre fue así. En 1930, Ediciones Jasón, una filial de Central de Ediciones y Publicaciones, un grupo editorial comunista dirigido por César Falcón, había editado el libro de Edmundo González Blanco, *Menéndez Pelayo y sus ideas*. El libro de González Blanco apareció una colección en que se había publicado el manifiesto comunista, y obras de Marx, Lenin y Zinoviev y pretendía rescatar aquella parte del pensamiento de Menéndez Pelayo que pudiera ser aceptable desde una perspectiva izquierdista. Pero la propuesta de González Blanco no prosperó y si lo hizo, por el contrario, la que formuló con claridad, Guillermo de Torre, en 1943, con su libro *Menéndez Pelayo y las dos Españas*, que supone una aceptación total de la imagen creada por derecha católica y franquista. Dice Guillermo de Torre:

La expresión inicial y más violenta de su ideología cristaliza en las fobias contra el krausismo. ¿Pero no sería éste más bien un pretexto accidental del que Menéndez Pelayo servíase a falta de otro mejor? No hay que jactarse de perspicaz para presumir que al atacar ferozmente el krausismo, lo que en realidad combatía Menéndez Pelayo era algo más profundo y poderoso. Ni Sanz del Río ni Salmerón lo hubieran merecido los vituperios que les enrostró como importadores y corifeos de aquella secta filosófica a no intuir que detrás de ellos estaba el espíritu sojuzgado de otra tradición, no

menos blasonada y respetable, palpitaba una corriente españolísima de libertad, yacía, en suma, el alma de la otra España.

Menéndez Pelayo atacaba a una España en nombre de otra. Las dos Españas. Es la misma visión que Rafael García de Castro propone en *El sabio y el creyente* y en la que acaba diciendo que Menéndez Pelayo ponía su pluma en el mismo altar que Franco, su espada. García de Castro y Torre coinciden en la caracterización de Menéndez Pelayo, en la visión de dos Españas absolutamente enfrentadas en todo, y Menéndez Pelayo representando al franquismo y al bando triunfador de la guerra civil. No hay matices, no hay posibilidad de análisis. No hay espacios grises. Todo es blanco y negro. El estudio de Torre representa a la perfección el triunfo de la imagen que el franquismo proyectó de Menéndez Pelayo. La izquierda asume esa imagen, la introduce en su ideología básica. Y de esta manera, Menéndez Pelayo queda al margen de un posible estudio valorativo durante mucho tiempo (1943, 123).

Las opiniones de Torre, repetidas después por muchos, son la mejor prueba del éxito obtenido por las filas de los católicoortodoxos que recordaban los bellos tiempos del absolutismo, por los Ibáñez Martín, Herrera Oria, Vigón, Pérez Embid y Vila Selma. Su insistencia, su vigilancia constante, ha conseguido que Don Marcelino sea visto como la quintaesencia del pensamiento ultraconservador, cerril, incapaz del diálogo y del matiz, ha convertido su enorme figura en un fantasmón martillo de herejes, en una especie de murmurador miserable, maledicente y calumniador de todo aquél que se salía del camino marcado por la más rancia ortodoxia de la Iglesia católica.

Y aunque todo eso, probablemente lo fue, lo fue como fue muchas otras cosas, muchas de ellas contrarias entre sí. Su capacidad, su curiosidad, sus conocimientos y su interés por todo desbordan el estrecho corsé del escaso espacio en el que le han querido meter. De un pensador inimaginable e irrepetible, han querido hacer una rata de sacristía malhumorada, de un hombre con muchas facetas un monomaniaco obsesionado con la ortodoxia, de un complejo poliedro han querido hacer un plano. Y lo han conseguido

BIBLIOGRAFÍA

García y García de Castro, Rafael (1940). *Menéndez Pelayo, el sabio y el creyente*. Madrid. Fax

Gómez Aparicio, Pedro (1967). *Historia del periodismo español*. Madrid. Editora nacional.

Menéndez Pelayo, Marcelino. (1982-1990) *Epistolario*. Madrid. Fundación Universitaria Española. Vol 8. Carta 349.

Rodríguez Gutiérrez, Borja (2015). «Marcelino Menéndez Pelayo: el prisionero de los *Heterodoxos*». *Menéndez Pelayo. Cien años después: Actas del Congreso Internacional*, Santander. Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 43-52.

Rodríguez Gutiérrez, Borja (2012). «Menéndez Pelayo entre sus contemporáneos». *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 790, 40-42

Torre, Guillermo de (1943). *Menéndez Pelayo y las dos Españas*. Buenos Aires. Patronato hispano-argentino de cultura.

Vila Selma, José (1956). «Introducción», *Estudios sobre la prosa del siglo XIX*. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid. CSIC.